

ce rodeada de rosas, como si dijera: soy la Madre del Rosario; la Virgen de Lourdes llevaba en sus apariciones colgando de sus purísimas manos el Rosario de cuentas blancas y mientras hablaba á Bernardeta, le enseñaba la manera de rezarlo; los peregrinos de Lourdes cantan ese salterio mariano en la gran basílica que adorna su frontispicio con Santo Domingo y con la Virgen del Rosario y tiene consagrados á los quince misterios otras tantas capillas de la misma iglesia; en el año 1870, en Soriano (Calabria), se movía milagrosamente la imagen de Santo Domingo de Guzmán, inclinándose suplicante ante nuestra Señora del Rosario; al V. P. Claret se le apareció María acompañada de Santo Domingo de Guzmán y Santa Catalina de Sena, recomendándole la propagación del Rosario y Pío IX y León XIII no cesan de inculcar al mundo tan hermosa y eficaz devoción.

«El Santísimo Rosario es como contraseña de la verdadera devoción y compendia, dice León XIII, (*Encyc. Octobri mensi*) todo el culto de Nuestra Señora.»

«El Rosario, dijo Nicolás V, es el árbol de vida, que resucita muertos, cura enfermos y conserva los sanos.»

«El Rosario, dijo León X, fué instituído como remedio de los males que amenazan al mundo.»

«El Rosario, es el azote del demonio», según Adriano VI.

«El Rosario, afirma Gregorio XIII, destruye el pecado recobra la gracia y conquista la gloria.»

«El Rosario, encendió á los fieles en amor de Dios y les dió nueva vida.» (San Pío V.)

«El Rosario es la oración más eficaz para acrecentar en los corazones la devoción de María.» (Pío IX.)

«El Rosario remedia los males de hoy como por mano de Santo Domingo remedio los del siglo XIII.» (Pío IX.)

«El Rosario es la oración hermosísima instituída contra los enemigos del nombre católico. *Rezándole*, insiste León XIII, *venceremos.*»

«El Rosario es la mejor oración para el pueblo cristiano.» (San Francisco de Sales.)

«El Rosario es el homenaje *más agradable* á la Madre de Dios.» (San A. M. de Ligorio.)

«El Rosario *confirmó* los Reinos de *España* en la fé católica.» (La Universidad de Salamanca.)

«No son ni los generales, ni los batallones, ni las armas los que nos han dado la victoria: es Nuestra Señora del Rosario.» (El Senado de Venecia.)

«Hijo mío, si quieres gobernar *bien* tus reinos y mantenerlos en paz, lleva siempre contigo el Rosario.» (Felipe II á Felipe III.)

«En el Rosario he hallado *los atractivos más dulces, más suaves, más eficaces y más poderosos para unir-me con Dios.*» (Santa Teresa de Jesús.)

«El Rosario es la devoción más divina.» (San Carlos Borromeo.)

«*Jamás* será tenido por buen cristiano, quien no reza el Rosario.» (El V. P. Claret.)

«Con mi Rosario saqué de las penas del Purgatorio más de un millón de almas.» (Beato Juan Masías.)

«Si queréis que la *paz* reine en vuestros corazones, en vuestras familias y en vuestra patria, rezad todos los días en familia el Santo Rosario; pues no es otra cosa que el mismo Evangelio compendiado, el cual dará á los que le recen la paz santa, en las Sagradas Escrituras prometida. Es la oración más bella (*pulcherrima*), la más abundante en gracias (*gratias comutatissima*) y la más agradable á la Santísima Virgen María *Beatae Mariae Virginis gratissima*). Amad el Rosario, rezadlo con amor y devoción. Sea este encargo el *testamento* que os dejo para que os acordéis de mí.» (Pío IX.)

QUINCE PROMESAS
QUE LA SANTISIMA VIRGEN HIZO AL B. ALANO DE RUPE,
DE LA ORDEN DE PREDICADORES,
Á FAVOR DE TODOS LOS VERDADEROS DEVOTOS
DEL SANTÍSIMO ROSARIO

- 1.^a Quien me sirviere, rezando *constantemente* mi Rosario, recibirá cualquier gracia que me pida.
- 2.^a Prometo mi *especialísima* protección y *grandes beneficios* á los que devotamente rezaren mi Rosario,
- 3.^a El Rosario será un escudo fortísimo contra el infierno, destruirá los vicios, librárá de pecados y abatirá la herejía.
- 4.^a El Rosario hará germinar las virtudes y conseguir copiosamente la misericordia divina: sustituirá en el corazón de los hombres el amor de Dios al amor del mundo, y los elevará á las cosas celestiales y eternas. ¡Cuántas almas por este medio se santificarán!
- 5.^a El alma que se me encomiende por el Rosario, *no perecerá*.
- 6.^a El que con devoción rezare mi Rosario, considerando sus sagrados misterios, no se verá oprimido por la desgracia ni *morirá de muerte desgraciada*; se convertirá, si es pecador; *perseverará* en gracia, si es justo; y *en todo caso*, será admitido á la vida eterna.
- 7.^a Los *verdaderos devotos* de mi Rosario *no morirán* sin los auxilios de la Iglesia.
- 8.^a *Quiero* que todos los que rezan mi Rosario tengan en vida y en muerte la luz y la plenitud de la gracia, y sean participantes de los méritos de los bienaventurados.
- 9.^a Yo libro *muy pronto* del Purgatorio á las almas devotas del Rosario.
- 10.^a Los hijos verdaderos de mi Rosario gozarán en el cielo de una gloria *singular*.
- 11.^a Todo cuanto se pidiera por medio del Rosario, se alcanzará prontamente.

12.^a Socorreré en todas sus necesidades á los que propaguen mi Rosaaio.

13.^a He impetrado de mi Hijo que *todos* los cofrades del Rosario tengan en la vida y en la muerte, *como hermanos*, á todos los Bienaventurados de la Corte Celestial.

14.^a Los que rezan mi Rosario son todos hijos míos muy amados y hermanos de mi Unigénito Jesús.

15.^a La devoción del Santo Rosario es una *señal manifiesta* de *predestinación* á la gloria.

ELOGIOS Y ANÉCDOTAS DEL ROSARIO

Los elogios que al Santísimo Rosario, desde que apareció en el mundo, vienen tributándose, son tantos que ni muchos libros bastarían para contenerlos. Los Papas, los Santos, las Órdenes religiosas, los reyes, los personajes ilustres y los piadosos escritores, como á porfía parece que han querido tejer sus alabanzas. No más algunas voy á poner aquí para ejemplo de los buenos (1).

LOS PAPAS Y EL ROSARIO

Una de las cosas que más enaltece el valor inestimable del Santo Rosario, son los encomios, sin iguales, en materia de devociones, con que le han honrado los soberanos Pontífices. No siendo posible consignarlos todos, nos contentaremos sólo con uno de Pío IX; «El Rosario—ha dicho este Pontífice—es una plegaria eficazísima. Es la oración más bella, la más rica en gracias, la más agradable á la Santísima Virgen. Es, en una palabra, el mejor tesoro del Vaticano.» De León XIII no digamos nada. En los veinte últimos años de Pontificado, no dejó ni uno, en que no encareciese y mandase rezar el Rosario á todo el mundo. Léase la historia de los cincuenta Papas que han gobernado la Iglesia desde Urbano IV hasta León XIII, y se hallarán publicadas por ellos más de ciento cuarenta Bu-

(1) Tomados del librito del M. R. P. Provincial Fr. Vicente A. Cienfuegos, O. P.

las ó Breves en favor y alabanza del Rosario. No puede soñarse de él mejor elogio.

LOS REYES Y EL ROSARIO

Carlos V, devotísimo del Rosario, decía: «Después de haber rezado el Rosario de la Madre de Dios, me ocupó en los negocios de la guerra. He leído la historia de Carlos V—dice un célebre escritor—en cuyos estados el sol nunca se ponía, y ella nos dice que este Emperador rezaba el Rosario. Si alguno le interrumpía durante tan piadoso ejercicio, aun cuando fuera por un negocio importante, respondía: *Que aguarden*.

La excelsa reina doña Berenguela de Castilla, era aficionadísima al Rosario: y nada había que la obligase á omitirlo. Desde León marchó una vez, á largas jornadas y cortos descansos hasta la villa de Valencia de Alcántara frontera de Portugal. «Y fué gran maravilla que en todos puso devoción y pasmo—dice el clarísimo autor de *Pequeñeces*,—que con ser tan áspero el camino y sus penalidades tantas, ni un solo día dejó la reina de rezar sus horas con alguno de los Prelados; y dos veces al día, al anochecer y al alba, cantaban en coro el Rosario de Nuestra Señora, sin detener la marcha, al modo de los rústicos de ahora. Devoción ésta—añade el mismo Padre—muy nueva entonces, que habría aprendido la reina, del mismo Santo Domingo de Guzmán, cuando la visitó en Burgos doce años antes de estos sucesos» (1). «He leído la historia de Luis XIV—dice otro escritor—á quien la gloria ha tejido todo género de coronas, y en ella he hallado que rezaba el Rosario. Un día el P. de la Rue le encontró recorriendo las gruesas cuentas de unos rosarios y quedó como admirado de ello. No os admire—díjole el monarca; es una práctica que me dejó mi madre, y sentiría faltar á ella un solo día.» No eran menos devotos del Rosario,

(1) P. Luis Coloma, S. J. en sus *Nuevas Lecturas*, título: *Fablas de Dueñas*, página 87.

Juan, Rey de Bohemia, Alfonso de Portugal, Fernando II, Casimiro II de Polonia y otros muchos reyes de todas las naciones; y lo fué Isabel II y lo es la actual Reina de España.

HOMBRES CÉLEBRES Y EL ROSARIO

«He leído la historia de Gluck—dice un escritor—de Gluck, «el Miguel Ángel de la música», al decir de Burneg, á quien debemos obras líricas magistrales, y por ella me consta que rezaba el Rosario; y cuando la muerte le hirió con una apoplejía fulminante, se observó que tenía en las manos unos rosarios. Llamaba él al Rosario el *Breviario* del músico, y siempre lo rezó. He leído la historia de Haydn, uno de los mejores músicos del mundo, y por ella sé rezaba el rosario; y decía: «Cuando rezo el Rosario acuden con tanta abundancia las inspiraciones, que no tengo tiempo á escribirlas.»

También yo he leído la historia de Rafael de Riego. He leído su vida; he leído su muerte. Su vida fué de un gran revolucionario; todavía lo recuerdan las sediciosas notas de su Himno, que todos saben. Pero, á pesar de todo, como él mismo dijo al morir, rezaba todos los días el rosario que había aprendido en el regazo de su madre y que con ella, cuando niño, rezaba diariamente en la capilla del Rosario de Santo Domingo de Oviedo. Y el Rosario le salvó, pues su muerte fué de un Santo.

He leído la historia de Aparisi, y rezaba el Rosario. He leído la historia de Balmes, y era devotísimo del Rosario. He leído la historia del P. Lacordaire, y después de sus sermones, con que electrizaba á las muchedumbres, rezaba el Santo Rosario, para que Dios alejase de él el espíritu de vanagloria. Un rosario era la penitencia favorita que echaba á sus penitentes. Y preguntado una vez por qué hacía eso, contestó: «Es porque el Rosario es el gran libro; y el sacerdote y el seglar que saben leerlo, en él mejor que en cualquier otra cosa aprenden la reforma de la vida, y la

ciencia de la santidad. Para los cristianos el primer libro es el Evangelio; y el Rosario es cabalmente el compendio del Evangelio.»

LOS SANTOS Y EL ROSARIO

San Carlos Borromeo llamaba al Rosario la devoción más divina. San Francisco de Sales, decía: El Rosario es la mejor manera de orar, rezándolo cual se debe. Él empleaba en rezarlo una hora, y meditaba devotamente sus misterios: era muy diligente en no omitirlo; y cuando durante el día no le permitían rezarlo los negocios, echaba el Rosario al brazo para no olvidarse, y rezarlo antes de irse á la cama. San Alfonso de Ligorio, decía: Entre los homenajes que se tributan á la Madre de Dios, ninguno conozco que le sea más agradable que el Rosario. En su Teología moral encarga con mucho interés á los párrocos que trabajen porque sus feligreses recen diariamente en familia, la tercera parte del Rosario.» Y en la vida de este Santo se lee: El Rosario era su devoción predilecta; nunca dejó de rezarlo hasta la víspera de su muerte, y aun ese día rezó su *Rosario*—como él le llamaba—muchas veces. En su vejez sobre todo, solía rezarlo repetidas veces al día; viéndosele desde la mañana á la noche con su rosario en la mano. Cierta día que él no recordaba haberlo rezado, diciéndole el padre que le asistía que no se turbara, que ya lo había rezado, contestó San Alfonso: ¡Ah! Padre, ¿no sabéis que de esta devoción del Rosario depende mi salvación? De San Felipe Neri se lee que amaba tanto la devoción del Rosario que casi no lo dejaba de la mano; San Francisco de Paula, fundador de los Mínimos, rezaba diariamente su rosario: lo recomendaba á todos para toda clase de necesidades: y gustaba mucho de regalar rosarios. San Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas mandaba á sus religiosos que, en las tardes se rezase el Santo Rosario en todas las casas de la Orden. Él nunca lo omitía, y en su vejez lo rezaba

entero. Y estando ya para expirar, dijo estas hermosas palabras: «Quiero rezar el Rosario mientras me dure el aliento, y cuando ya no pueda con los labios, lo rezaré con el corazón.»

Santa Teresa de Jesús, decía: En el Rosario he hallado los atractivos más dulces, más suaves, más eficaces y más poderosos para unirme á Dios. Ella lo rezaba todos los días, y á sus hijas encargó que hicieran lo mismo. También era amantísima del Rosario, la bienaventurada Margarita María Alacoque, postrándose en tierra cada vez que pronunciaba el nombre de María y besando el suelo al rezar la salutación del Ángel. San Vicente de Paúl, siempre llevaba pendiente á la cintura el Santo Rosario, rezándolo con mucha devoción. Sus hijas, las Hermanas de la Caridad, mantienen el mismo cariño al Rosario.

San Ignacio de Loyola tenía en extraordinaria estima el Santo Rosario. No había día que no lo rezara. Sus ínclitos hijos, á través de los tiempos, siguieron constantemente el ejemplo de su amadísimo Padre. El beato Alfonso Rodríguez, tenía los dedos encallecidos de tanto pasar las cuentas de su rosario. San Francisco Javier lo llevaba siempre al cuello, sobre la sotana, y era tanta la fe que en él tenía, que á los enfermos les enviaba rosarios, y á muchos sanó con ellos, y resucitó á muertos. No era menos devoto del Rosario San Francisco de Borja. El P. Miguel Fuentes, también de la Compañía, fué devotísimo del Rosario, y en las Indias trabajó mucho por extenderlo, mereciendo en galardón que á su muerte se le apareciera la Santísima Virgen en compañía de San Ignacio y dos apóstoles, y le ciñera á la frente un bellissimo Rosario. Pero uno de los más devotos del Rosario entre los hijos de San Ignacio, fué el bienaventurado, San Juan Berchmans, «¡Cuánto no dice y enseña—decía no ha muchos años la Revista Católica de Filipinas—San Juan Berchmans con el Rosario de la Santísima Viagen en las manos! De rodillas unas veces, otras de pie, ó sentado, ó paseándose por

el salón de los hermanos estudiantes. ¡Cuánto agrada al alma el contemplar á San Juan Berchmans rezando el Rosario! ¡Miradle! Está en la tierra, y su conversación es en los cielos. Habita con el cuerpo entre los hombres, y su alma, anticipándose al tiempo, vuela á morar en compañía de los ángeles.

¡Miradle! Futuro morador de la celestial Jerusalén, y rescatado de entre los hombres como primicias escogidas para Dios y para el Cordero, el angelical joven ahora que vive en la tierra, reza diariamente el Rosario de María, y el rezarlo preludia aquel cantar nuevo que en el día no lejano cantará ante el trono de Dios, y que nadie puede cantar ni entender, sino los que nunca se amancillaron.

¡Volvedle á mirar! Ya no reza el Rosario ni de rodillas, ni paseándose, ni de pie, ni sentado. El bienaventurado joven yace postrado en su lecho de muerte. Acaba de recibir la Extremaunción, y está ciñendo su Crucifijo y el libro de las reglas de la Compañía con el santo rosario, y abrazándose luego con estos tres objetos los más preciados de su corazón; exclama: *Muero contento y feliz.* Pero al estrechar contra su pecho estas tres joyas, símbolo de la pureza y santidad de su vida, una luz del cielo le hace ver que las cuentas del Rosario sobrepujan en valor á los diamantes y topacios, y rodeado de resplandores, el santo joven se duerme dulcemente en el Señor, diciendo: «¡Ah! ¡Cómo brilla mi rosario: todo él es oro! El Rosario de María es la diadema de mi frente y la corona de mi cabeza.»

¡Santo querido del alma! Alcanza para quien escribe estas líneas y también para quien las lea, rezar el rosario como tú lo rezabas, amar á la Madre de nuestro Dios como tú la amabas, y cantar sus misericordias en compañía tuya por toda una eternidad venturosa.

EL TESTAMENTO DE PÍO IX

Cuando el término de la vida se avecina, suelen los hombres encomendar, por especial manera, á los seres que

bien quieren las cosas que mucho estiman. Pío IX, el Papa de la Concepción Inmaculada, y por lo tanto, el Papa del Rosario, estaba á las puertas de la muerte. ¿Qué dejará en memoria aquella ánima benditísima á los corazones cristianos? No es difícil adivinarlo.

Uno de los Prelados que á su lado estaban en aquellas horas supremas, y que entrañablemente le quería, díjole:— ¡Padre Santo! ¿qué piensa vuestra Santidad en tan tremendos momentos?— ¡Qué he de pensar, hijo mío!— contestóle con la sonrisa en los labios Pío IX.— Mira; estoy contemplando dulcemente en las paredes de esta habitación, á uno y otro lado, los quince misterios del Rosario, cual si fueran otros tantos cuadros de consuelo. ¡Y si vieras, hijo mío, y si vieras qué dulzuras encuentro! Cuando veo los misterios gozosos, olvido todos mis dolores; cuando miro á los misterios de la cruz, me alzo sobre mí mismo, me conforto, me animo sobremanera, pues veo que no soy yo sólo á sufrirlos, sino que también está á mi lado mi dulcísimo Jesús; y cuando, por fin, paro mi vista en los misterios de triunfo, entonces ya no hay dolores, entonces todo es contento, paréceme que mis pesares se transforman en los resplandores de la gloria. ¡Oh, cuántas dichas, repito, me trae á este lecho de muerte el Rosario de María!

Si queréis, pues, hijos míos, la paz para vuestros corazones, si la deseáis para vuestras familias, si la anheláis para la patria, rezad, creedme, rezad todos los días, por la noche, en el silencio de vuestros hogares, y en la dulce compañía de vuestros deudos, el Rosario de la Santísima Virgen.

Es, sin duda, el Rosario un Evangelio compendiado, y á cuantos le recen, seguramente les dará el cielo los ríos de paz de que habla la Escritura; es, en una palabra, la devoción más hermosa que soñarse puede, toda llena de encantos, y gratísima al corazón de María. Amadla, rezadla siempre con tierno amor y fervor. *Sea este, hijos míos,*

el testamento que os dejó, para que os acordéis de mí sobre la tierra.

De León XIII ¿qué diremos, si es llamado el Papa del Rosario? Ningún Romano Pontífice, que sepamos, ha escrito con tanta insistencia Encíclicas sobre el Rosario de María como León XIII. En la Encíclica «Magnae Dei Matris», dice así «Ergo Rosarium Mariae Virginis, in quo apte utiliterque habentur conjuncta et *eximia precandi formula et idoneum fidei conservandae instrumentum, et insigne specimen virtutis* perfectae, dignum plane est quod veri nominis christiani sit frequenter in manibus, piaque recitatione et meditatione colatur». (León XIII, Encíclic. Magnae Dei Matris.)

V.

DEVOCIÓN Á SAN JOSÉ

Hé aquí, venerable eclesiástico, un Santo que es antiguo en la Iglesia de Dios y se puede llamar moderno; porque es tal la extensión que ha tomado su culto, que, después del de la Santísima Virgen, es hoy la devoción que más campea. Tiene este Santo, sobre ser padre putativo de Jesús y Esposo de la Virgen, una cosa singular, y es que se nos representa muy accesible. Otros Santos parece que ponen miedo con sus austeridades y penitencias extraordinarias, como se lee de San Juan Bautista ó de San Jerónimo; pero de este Santo se sabe que se santificó en el taller de su casa al lado de Jesús.

Tiene especial cuenta con sus devotos en la hora de la muerte, y en estos tiempos se cuentan de su protección favores singularísimos de que están llenos los libros que tratan de su devoción. Véase por de pronto lo que del Santo Patriarca dice Santa Teresa (1): «No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer:

(1) Cap. 6.º de su Vida.

es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, y de los peligros de que me ha librado, así de cuerpo como de alma. Que á otros Santos parece que les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; á este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, (que como tenía nombre de padre, siendo ayo, le podía mandar) así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, á quienes yo decía se encomendasen á él, también por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Querría yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Paréceme que hace algunos años, que cada año en su día le pido alguna cosa, y siempre la veo cumplida; si vá algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío. Pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca y tenerle devoción. En especial personas de oración siempre le habían de ser devotas; que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que les ayudó en ellos.»

Concluiré recomendándote que practiques alguna vez los Siete Domingos de San José (1), que es cosa experi-

(1) Su Santidad Gregorio XVI con fecha 22 de Enero de 1836, concedió 300 días de indulgencia en cada uno de los domingos á todos los que rezasen, siete domingos consecutivos los *siete Gozos y siete Dolores de San José*, y el séptimo domingo una indulgencia plenaria. Su Santidad Pío IX añadió á estas en 1.º de Febrero de 1847, una indulgencia plenaria para cada domingo, aplicable á las almas del purgatorio; y en 22 de Marzo las extendió á los que, no sabiendo leer ó no teniendo dicha deprecación, rezasen en esos mismos do-

mentada que son eficacísimos, mayormente para algunas ocasiones; como si deseas salir de alguna mala costumbre ú ocasión; si deseas acertar en la elección de estado; si tomar alguna resolución importante.

VI.

DEVOCIÓN Á LAS ALMAS DEL PURGATORIO

El dogma de la Comunión de los Santos; la gratitud por tus antepasados y amigos, bienhechores tuyos; la piedad hacia tus parientes; el amor de Dios y del prójimo; la Iglesia con sus enseñanzas y recomendaciones incesantes, la fe de tus creencias y el interés por tus negocios te pregonan que debes ser devotísimo de las almas del Purgatorio, ofreciendo por aquellas pacientes almas tus oraciones y sufragios y obras satisfactorias. ¿Qué mejor obra de misericordia que aliviar á aquellas pobrecitas almas? ¿Qué mejor obra digna de un apóstol, que redimir con nuestras plegarias á legiones de santos de las llamas devoradoras del Purgatorio?

Hablando de los tormentos del Purgatorio, dicen los Santos Padres (1): que los suplicios y tormentos acerbísimos y todo cuanto se puede sentir, ver é imaginar en este mundo no equivalen á la menor pena del Purgatorio.

¿Qué penas, pues, serán aquellas tan terribles? ¡Ah! son tales dice S. Cirilo (2) de Jerusalén que, todos los tormentos y penas, que se han padecido en el mundo, comparados con los que allí sufre el alma, pueden tenerse por *consuelo y alivio*: «*Solatia erunt!!!*»...

El fuego de este mundo es efecto de la bondad divina; no obstante, es tal su virtud, que consume bosques y calcina mármoles, derrite metales, revienta enormes rocas

mingos *siete Padre-nuestros* con *Ave-María* y *Gloria Patri*; añadiendo á esto las condiciones acostumbradas para ganar indulgencia plenaria, que son confesión, comunión y orar un rato por las necesidades de la Iglesia.

(1) S. Anselmo y S. Agustín.—(2) S. Cyril. in epist. ad S. August.

peñascales y produce horribles terremotos. ¿Qué será, pues, estar sumergidas aquellas almas en aquel horno y volcán incandescente del purgatorio, cuyo fuego es encendido *para atormentar* por un Dios Santísimo y *justísimo* y Omnipotente? Es tal aquel horrible fuego, que el de este mundo es como sino fuese, es como pintado, según S. Agustín (1).

Es, dicen S. Tomás y S. Gregorio, un fuego igual en todo al del infierno, menos en la duración: «Eoden igne crematur damnatus, et purgatur electus» (2).

Y Cesáreo, citado por la seria pluma del gran Suárez (3) dice: «Purgatorius ignis durior est quam quod possit poenarum in hoc saeculo, accidere, aut sentiri, aut cogitari.»

Santo Tomás dice que aún padece más un alma del purgatorio que lo que padeció Cristo en la Cruz. Y S. Jerónimo dice: sólo en el día del juicio se sabrá lo que en la Cruz padeció Jesucristo, pues padeció mucho más de lo que sabemos nosotros.

Suárez escribe: «Communis est sententia theologorum poenam purgatorii esse acerbiorum omni poena hujus vitae.»

San Anselmo dice aún más: «De quibus minimum majus est, quam maximum quod in hac vita excogitari possit» (4): El *mínimo* tormento del purgatorio excede con mucho al *mayor* de aquí. Y S. Bernardo dice más: todas las penas, grandes y pequeñas, juntas y englobadas y sumadas todas, son nada en comparación de la más pequeña de las del purgatorio: «respectu purgatorii poenae, nihil sunt.» Y S. Cirilo, como hemos dicho anteriormente, dice que las penas de este mundo, aún las más acerbadas, en parangón con las del purgatorio, son caricias, regalos y deleites: «*!!!Solatia erunt!!!*»

Ruega, pues, amado seminarista, por aquellas atormentadas

(1) «Tamquam ignis depictus», (Mansi, disc. 2. n.º 2.)—(2)—Mansi, disc. 2. n.º 2.—(3) Suarez, disp. 46, sect. 4, de purgator.—(4) Anselm. in epist. 1 ad Cor.

tadas almas del purgatorio; pues el Espíritu Santo te amonesta. «Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut á peccatis solvantur.» (1).

VII.

DEVOCIÓN AL SANTO ANGEL DE LA GUARDA

¿Cómo podrás olvidar, amado seminarista á tu fiel tutor amigo y compañero inseparable, que de tantos peligros te ha preservado, prestándote tantos y tan eminentes servicios? Y, ¿cuántos más no te prestará si te encomiendas á él?

San Agustín, en los soliloquios del alma, no sabe cómo encarecer la divina bondad, que mandó á espíritus tan sublimes te guardasen en todos tus caminos, para que ni aún tropezases en ellos. Pues en el salmo 90 (2) leemos: «Non accedet ad te malum... quoniam Angelis suis mandavit de te: ut custodiam te in omnibus viistuis, in manibus portabunt te: ne forte offendas ad lapidem pedem tuum, etc.»

«Los ángeles, dice S. Agustín, son los centinelas, que velan en los muros de esta nueva Jerusalén, los baluartes que la rodean y defienden. Nos aman como á moradores de una misma ciudad, pues, hemos de llenar los vacíos que dejaron sus malos compañeros. Y por esto en todo tiempo y lugar se hallan con nosotros, socorriendo con gran cuidado todas nuestras peticiones y suspiros. No se apartan de nosotros por donde quiera que vayamos, atentos con suma solícitud á ver con qué ánsia buscamos nuestro reino. Ayúdanos cuando trabajamos; nos protejen cuando deseansamos; animannos cuando peleamos; nos coronan cuando vencemos y se compadecen cuandopor Vos padecemos. Grande es el cuidado que de nosotros tienen y grande el afecto con que nos aman; porque aman á los que Vos amáis, guardan á los que Vos

(1) Machabaeorum, II, cap. 12.—(2) Psalm. 90, v. 10, 11 et seqq.

guardáis, desamparan á los que Vos desamparáis.» Tal era el afecto que profesaba S. Agustín al Sto. Angel de la Guarda.

VIII

DEVOCIÓN Á STO. TOMÁS DE AQUINO

El seminarista debe ser devotísimo de Sto. Tomás, porque es Patrono Universal de las Escuelas Católicas, es su Doctor y Maestro en la Ciencia y Protector de la castidad y pureza.

Claritatis *gratia*, hablemos antes de la castidad, y después de los medios para conservarla, en artículos separados.

ARTÍCULO II.

DE LA CASTIDAD, DE SUS FALTAS Y TENTACIONES
SEGÚN EL P. SACREST. ORD. PRED.

Contra la castidad se puede faltar por pensamiento, palabra y obra. Como respecto de los pensamientos puede haber alguna dificultad en discernir cuándo hay pecado y cuándo no, decimos que de tres maneras puede el hombre haberse respecto de los pensamientos: Primero, sacudiéndolos inmediatamente que se presentan, y entonces no hay pecado alguno, antes bien gran merecimiento y corona en la presencia de Dios; recuérdese lo que decía Santa Teresa, que el sentir no es consentir.—Segundo, consintiendo en ellos, ya sea por detención voluntaria y deliberada, ya sea por ejecución de la obra, y eso es pecado mortal, porque en este voto no hay materia leve; y tercero, no apartándolos tan pronto como se debía, á pesar de alguna advertencia imperfecta y deliberación incompleta; y esto será pecado venial mayor ó menor, según la detención y advertencia. En todo caso, es muy conveniente manifestar al Director las faltas grandes ó pequeñas que haya habido,